

## ESCENA XIV.

TECLA, LA SEÑORITA DE NEUBRUNN y la DUQUESA.

LA DUQUESA. — Ya se fué. Te encuentro más serena.

TECLA. — Lo estoy, mamá... Dejarme descansar ahora en seguida, y que Neubrunn me acompañe. Necesito dormir.

LA DUQUESA. — Y dormirás, Tecla. Me voy consolada, porque puedo tranquilizar á tu padre.

TECLA. — ¡Buenas noches, pues, mi querida madre! (La abraza, profundamente conmovida.)

LA DUQUESA. — Todavía no te encuentro en tu estado habitual. Sí; tiembla todo tu cuerpo, y tu corazón se oye latir junto al mío.

TECLA. — El sueño acabará de reponerme... Buenas noches, querida madre. (Al arrancarse de los brazos de su madre, cae el telón.)

## ACTO V.

Habitación de Butler.

## ESCENA PRIMERA.

BUTLER.—El Mayor GERALDÍN.

BUTLER. — Escoged doce dragones robustos; armadlos con lanzas, porque no se ha de disparar un solo tiro... Ocultadlos junto al comedor; y, cuando termine el festín, introducidlos y exclamad: ¿quién es imperial aquí de corazón?... Yo derribaré la mesa. Arrojaos entonces contra los dos, y atravesadlos. El castillo está bien cerrado y vigilado para que no llegue á oídos del Príncipe el más leve rumor. Anadad ahora. ¿Habéis mandado llamar al capitán Deveroux y á Macdonald?

GERALDÍN. — Pronto estarán aquí. (Vase.)

BUTLER. — La menor dilación es peligrosa. Los habitantes de la ciudad se pronuncian también en su favor; un vértigo inexplicable se apodera de esta población. Consideran al Duque como á un príncipe de paz, y como al fundador de una nueva edad de oro; unos ciento se han ofrecido ya á defenderlo. Necesario es, por tanto, obrar con rapidez, porque nos amenazan enemigos exteriores é interiores.

## ESCENA II.

BUTLER.—El Capitán DEVEROUX y MACDONALD.

MACDONALD.—Aquí estamos, mi General.

DEVEROUX.—¿Cuál es la seña?

BUTLER.—¡Viva el Emperador!

LOS DOS. (Retrocediendo.)—¿Cómo?

BUTLER.—¡Viva la casa de Austria!

DEVEROUX.—¿No es al duque de Friedlandia, á quien hemos jurado fidelidad?

MACDONALD.—¿No es nuestro deber defenderlo?

BUTLER.—¿Defender nosotros á un traidor, enemigo de Imperio?

DEVEROUX.—Nuestro compromiso contigo fué en favor suyo.

MACDONALD.—Y lo has seguido hasta aquí, hasta Egra.

BUTLER.—Sí, para asegurar su ruina.

DEVEROUX.—¿Es posible?

MACDONALD.—Eso es otra cosa.

BUTLER. (A Deveroux.)—¡Miserable! ¿Tan fácilmente faltas á tu deber y á tu bandera?

DEVEROUX.—¿Qué diablos, mi General! Yo seguía tu ejemplo. En el caso de que él sea un bribón, me decía yo, bien puedes serlo tú.

MACDONALD.—Nosotros no estamos obligados á pensar estas cosas. ¡Es incumbencia tuya! Tú eres nuestro general, y mandas, y nosotros te seguiremos, aunque nos lleses al infierno.

BUTLER. (Con más amabilidad.)—¿Está bien! Nos conocemos unos y otros.

MACDONALD.—Eso mismo digo yo.

DEVEROUX.—Somos soldados de fortuna, y á la disposición de quien más nos ofrezca.

MACDONALD.—Sí; esa es la verdad.

BUTLER.—Trátase ahora de que os portéis con honor.

DEVEROUX.—Esto es lo mejor.

BUTLER.—Y que al mismo tiempo ganéis provecho.

MACDONALD.—Todavía mejor.

BUTLER.—Escuchadme.

LOS DOS.—Ya escuchamos.

BUTLER.—Es voluntad y orden del Emperador, que el Duque de Friedlandia sea hecho prisionero, muerto ó vivo.

DEVEROUX.—Así lo dice su carta.

MACDONALD.—Sí, vivo ó muerto.

BUTLER.—Y espléndido premio en bienes y dinero aguarda á quien lo cumpla.

DEVEROUX.—¡Palabras soberbias! ¡Soberbias promesas, viniendo de allá! ¡Sí, sí! Ya sabemos lo que significan. Quizás alguna cadenilla de oro, algún jaco estropeado, un pergamino ú otra cosa por el estilo... El Principe paga mejor.

MACDONALD.—Sí, es generoso.

BUTLER.—No hablemos ya de él. Desapareció su buena estrella.

MACDONALD.—¿Será posible?

BUTLER.—Os digo que sí.

DEVEROUX.—¿Le abandona su buena fortuna?

BUTLER.—Lo ha dejado para siempre. Es tan pobre como nosotros.

MACDONALD.—¿Tan pobre como nosotros?

DEVEROUX.—Sí, Macdonald; entonces habremos de abandonarlo.

BUTLER.—Ya lo han hecho veinte mil hombres; pero

nosotros hemos de hacer más, paisano. En resumen... nosotros lo mataremos. (Los dos retroceden.)

LOS DOS.—¿Matarlo?

BUTLER.—Sí, matarlo... Y os he elegido para hacerlo.

LOS DOS.—¿A nosotros?

BUTLER.—A vosotros, al capitán Deveroux y á Macdonald.

DEVEROUX. (Después de una pausa.)—Escoged otro.

MACDONALD.—Sí; elegid otro.

BUTLER. (A Deveroux.)—¿Te asusta esto, buen hombre? ¿Cómo? Tú tienes ya treinta muertes sobre tu alma, y...

DEVEROUX.—¿Poner la mano en nuestro Generalísimo...! ¡Reflexionad en ello!

MACDONALD.—¿En aquel, á quien hemos jurado obediencia!

BUTLER.—El juramento es nulo por su traición.

DEVEROUX.—¿Oid, General! Parece esto demasiado horroroso.

MACDONALD.—Sí, es cierto. Cada cual tiene también su conciencia.

DEVEROUX.—Si no hubiera sido nuestro jefe, que nos ha mandado tanto tiempo, y merecido nuestro respeto...

BUTLER.—¿Y es esa la dificultad?

DEVEROUX.—Seguramente. ¡Escuchad! ¡A otro cualquiera, sí! A mi mismo hijo, si lo exigiera el servicio del Emperador, atravesaría yo las entrañas... Pero considera que somos soldados, y asesinar á nuestro General es cometer un delito, un enorme crimen, del cual ningún confesor nos absolvería.

BUTLER.—Yo soy tu Papa, y yo te absuelvo. Decidlo pronto.

DEVEROUX. (Reflexionando.)—No, no puede ser.

MACDONALD.—No, no será.

BUTLER.—¡Bien...! ¡andad con Dios! y... enviadme á Pestalutz.

DEVEROUX. (Sorprendido.)—¿A Pestalutz!... ¡Hum!

MACDONALD.—¿Para qué lo quieres?

BUTLER.—Puesto que no aceptáis, de sobra habrá...

DEVEROUX.—No; si ha de perecer, tan bien podemos ganar nosotros la recompensa, como otro cualquiera... ¿Qué dices tú, compañero Macdonald?

MACDONALD.—Que si ha de morir, y no hay otro remedio, ¿á qué dejar esa ganancia á Pestalutz?

DEVEROUX. (Después de reflexionar un poco.)—¿Cuándo ha de morir?

BUTLER.—Hoy, esta misma noche, porque mañana llegan aquí los suecos.

DEVEROUX.—¿Respondes tú de las consecuencias, General?

BUTLER.—Yo respondo de todo.

DEVEROUX.—¿Lo quiere así el Emperador? ¿Tal es su voluntad clara y categórica? Hay ejemplos de que se agradece el asesinato, y se castiga al asesino.

BUTLER.—El manifiesto dice vivo ó muerto. Y no siendo posible prenderlo vivo, considerad...

DEVEROUX.—¿Muerto, pues, muerto...! Y ¿cómo llegaremos hasta él! La ciudad está llena de soldados de Terzky.

MACDONALD.—Y quedan además ese Terzky y ese Illo...

BUTLER.—Claro es que será preciso comenzar por ellos.

DEVEROUX.—¿Cómo? ¿También han de morir?

BUTLER.—Los primeros.

MACDONALD.—Oye, Deveroux... esta noche será noche sangrienta.

DEVEROUX.—¿Has elegido ya tu hombre para esto?.. Encárgamelo.

BUTLER.—Se ha confiado ya al mayor Geraldin. Hoy es Carnaval, y celebrarán un banquete en el castillo; se les atacará cuando estén sentados á la mesa, y se les matará... Pestalutz, Lessley estarán allí.

DEVEROUX.—¡Escucha, General! Será igual para tí. Escucha... Déjame cambiar con Geraldín.

BUTLER.—Hay menos riesgo con el Duque.

DEVEROUX.—¿Peligro? ¿Qué diablo? ¿Qué idea has formado de mí? Yo temo la mirada del Duque, no su espada.

BUTLER.—¿Qué daño te pueden hacer sus ojos?

DEVEROUX.—¡El diablo me lleve! Ya me conoces, y sabes que nada me asusta. Pero mira, aun no hace ocho días que el Duque me dió veinte monedas de oro, para comprarme este uniforme de invierno, que ahora llevo... y cuando me vea presentarme con mi alabarda, y fije los ojos en mi vestido... considera... que... que... ¡El infierno me confunda! Yo no soy ningún cobarde.

BUTLER.—El Duque te ha dado este uniforme de invierno, y tú, pobre diablo, tienes escrúpulos de atravesarle el cuerpo con la espada. El Emperador le hizo presente de otro traje, mucho más abrigado, del manto de príncipe. Y ¿cómo lo agradece? Rebelándose, y haciéndole traición.

DEVEROUX.—Verdad es. El demonio cargue con los agraciados. Yo... lo mataré.

BUTLER.—Y si quieres transigir con tu conciencia, despojate de ese vestido, y tranquilo y animoso desempeñarás tu comisión.

MACDONALD.—Pero hay que pensar también en...

BUTLER.—¿En qué, Macdonald?

MACDONALD.—¿De qué sirven contra él la pólvora y el acero? Es invulnerable, es invencible.

BUTLER. (Con ira.)—¿Cómo ha de ser?...

MACDONALD.—¡Contra el plomo y el hierro! Es impenetrable como el hielo, por arte del diablo, y su cuerpo tan duro como el marmol, te digo.

DEVEROUX.—¡Sí, sí! Así lo probó otro en Ingolstadt, cuya piel era dura como el bronce, siendo preciso matarlo á culatazos.

MACDONALD.—Oye lo que pienso hacer.

DEVEROUX.—Habla.

MACDONALD.—Hay un hermano, conocido mío y paisano nuestro, en el convento de dominicos, que sumergirá en agua bendita mi sable y mi alabarda, y pronunciará sobre ellas una bendición poderosa, que las libre y proteja de todo encanto.

BUTLER.—Hazlo, Macdonald; pero ahora vé y elige veinte ó treinta robustos soldados de tu regimiento, y que juren fidelidad al Emperador. Cuando den las once... y hayan pasado las primeras patrullas, llévatos en silencio á la casa... Yo no estaré lejos.

DEVEROUX.—¿Cómo hemos de pasar entre los arqueros y centinelas, que guardan el patio interior?

BUTLER.—Ya he tenido ocasión de examinar los lugares; os entraré por un postigo, guardado sólo por un hombre, porque mi rango y mi empleo me permiten penetrar en la habitación del Duque á cualquier hora. Yo os precederé, y atravesando con un puñal la garganta del arquero en un instante, os abriré el camino.

DEVEROUX.—Y cuando lleguemos arriba, ¿cómo penetrar hasta la alcoba del Duque, sin despertar á su séquito y mover ruido? Porque lo sigue numerosa comitiva.

BUTLER.—Sus servidores están en el ala derecha; detesta el ruido, y habita solo el ala izquierda.

DEVEROUX.—¡Ojala, Macdonald, que hubiéramos ya terminado!... Por el diablo, que no sé lo que siento.

MACDONALD.—Lo mismo me sucede. Es un hombre demasiado importante. Nos tendrán por dos malvados.

BUTLER.—El brillo, los honores y la abundancia os darán títulos bastantes para burlaros de la opinión y de las habillitas de los hombres.

DEVEROUX.—Siuviésemos pleno convencimiento de que no pecábamos contra el honor...

BUTLER.—No tengáis cuidado. Salváis el trono y la corona de Fernando. El premio no puede ser mezquino.

DEVEROUX.—¿Pero se propone destronar al Emperador?

BUTLER.—¿Quién lo duda? Arrancarle la corona y la vida.

DEVEROUX.—¿Debería, pues, morir á manos del verdugo, si lo lleváramos vivo á Viena?

BUTLER.—Le sería imposible evitarlo.

DEVEROUX.—¡Ven, Macdonald! Morirá como general, honrosamente, á manos de soldados. (Vanse.)

### ESCENA III.

Sala terminada en una galería, que se pierde á lo lejos.

WALLENSTEIN sentado junto á una mesa, y EL CAPITÁN SUECO, en pie delante de él.—Poco después LA CONDESA TERZKY.

WALLENSTEIN.—Manifestad mi consideración á vuestro General. Me regocija su fortuna; y si bien observaréis que mi alegría no es tan grande como exigiría esta victoria, no lo atribuyáis á falta de buena voluntad, porque la suerte es ahora la misma para todos. ¡Adiós! Agradezco vuestros cuidados. La fortaleza se os abrirá mañana, cuando lleguéis. (Vase el Capitán sueco. Wallenstein queda absorbido en profunda meditación, mirando fijamente delante de sí, y apoyada la cabeza en sus manos. La Condesa Terzky entra, y se coloca por algún tiempo delante de él, sin ser vista: al fin se mueve rápidamente. Wallenstein la observa, y se repone.) ¡Vienes de verla? ¿Se ha mejorado? ¿Qué hace?

LA CONDESA.—Me ha dicho mi hermana que está mejor,

después de haber hablado con el Capitán... Ahora descansa en su lecho.

WALLENSTEIN.—Su dolor se mitigará. Llorará.

LA CONDESA.—A tí, hermano mío, tampoco encuentro yo como en otras ocasiones. Esperaba verte más tranquilo después de esa victoria. ¡Firme, pues! Infúndenos ánimo, porque tú eres nuestra luz y nuestro sol.

WALLENSTEIN.—Nada temas. Yo nada tengo... ¿En dónde está tu esposo?

LA CONDESA.—En un banquete, él é llo.

WALLENSTEIN. (Levantándose, y dando algunos pasos por la sala.)—¡Es ya tarde!... Véte á tu alcoba.

LA CONDESA.—No me lo digas; déjame á tu lado.

WALLENSTEIN. (Asomado á la ventana.)—En el cielo hay notable movimiento; el aire azota la bandera de la torre, las nubes pasan con rapidez, y el disco de la luna se muestra vacilante, despidiendo en las tinieblas incierto resplandor... No se ve ninguna estrella. El único astro, que arroja empañada luz, y se ve allá, es Calliope, y allí es en donde está Júpiter... Pero ahora le cubre la oscuridad del firmamento. (Se abisma en sus pensamientos, y continúa en pie, mirando fijamente delante de sí.)

LA CONDESA. (Que lo observa con tristeza, y le coge la mano.)—¿En qué piensas?

WALLENSTEIN.—Me parece que si viera á Júpiter, me consolaría más. Es el astro que alumbra á mi vida, y su presencia me inspira ánimo extraordinario. (Pausa.)

LA CONDESA.—Volverás á verlo.

WALLENSTEIN. (Que recae en su profunda abstracción, despierta de ella, y se vuelve con rapidez hacia la Condesa.)—¡Verlo otra vez!... ¡Oh, nunca más!

LA CONDESA.—¿Cómo así?

WALLENSTEIN.—Ha muerto... ¡Es solo polvo!

LA CONDESA.—Pero ¿de quién hablas tú?

WAENSTLEIN.—Es feliz. Ya terminó su carrera. Para él ya no hay porvenir, y el destino ha cortado la trama de su vida... Su existencia ha sido pura y brillante, sin mancha alguna que la deslustre, y la hora de la desdicha no sonará jamás para él. Libre se ve de deseos y temores, y ningún vinculo lo une á ningún planeta engañoso y mudable... ¡Oh! ¡Su suerte es venturosa! ¡Quién sabe lo que nos traerá en su oscuro velo la hora más próxima!

LA CONDESA.—Hablas de Piccolomini. ¿Cómo murió? El mensajero que trajo la noticia se separó de tí al llegar yo. (Wallenstein le impone silencio con la mano.) ¡Oh! ¡No vuelvas tu vista á lo pasado! Miremos hacia adelante, á días más serenos. Regocíjate de la victoria, y olvida lo que te cuesta. Hoy no te han arrebatado ese amigo; murió al separarse de tí.

WALLENSTEIN.—Ya sé que podré resistir este golpe; ¿cuál no resiste el hombre? Aprende á divorciarse de lo más alto, como de lo más bajo, vencido por la fuerza del tiempo. Conozco bien, sin embargo, lo que he perdido en él. La flor de mi vida pasó ya, y frío y sin color es lo que queda ahora. Él era á mi lado el símbolo de mi juventud; en sueño convertía la realidad, y entrelazaba la vulgar claridad de las cosas con el aroma dorado de la aurora... Al fuego de sus benévolos sentimientos, con admiración mía, se engrandecían las imágenes superficiales de la existencia más ordinaria... Por lejos que vayan mis esfuerzos, lo bello se desvaneció, y no reaparecerá, porque un amigo es superior á todos los bienes, y gozándolos nos hace felices, y aumenta nuestra dicha, compartiéndola con nosotros.

LA CONDESA.—No desconfíes de tu propia fuerza. Tu corazón es bastante rico para bastarse á sí mismo. Tú alabas y estimas en él virtudes que plantaste y cultivaste por tu mano.

WALLENSTEIN. (Yendo á la puerta.)—¿Quién nos interrumpe á esta hora tardía de la noche? Es el Comandante. Trae las llaves de la fortaleza. Déjanos, hermana. Ya es cerca de media noche.

LA CONDESA.—¡Me cuesta tanto separarme hoy de tí ¡Siento tanta inquietud y tanto miedo!

WALLENSTEIN.—¿Miedo? ¿de qué?

LA CONDESA.—Podrías quizás alejarte esta noche rápidamente, y no encontrarte nosotras al despertar.

WALLENSTEIN.—¿Qué ilusiones!

LA CONDESA.—¡Oh! Largo tiempo hace que me abruman tristes presentimientos; y cuando, al abrir los ojos, los desprecio, afligen lúgubres ensueños á mi inquieto corazón... Te ví ayer noche, ricamente ataviado, sentarte á la mesa con tu primera esposa...

WALLENSTEIN.—Imagen es esa de buen agüero, porque ese matrimonio fué la base de mi fortuna.

LA CONDESA.—Y hoy soñé que te buscaba en tu aposento... y al entrar, que se había convertido en la cartuja de Gitschin, que fundaste, y en donde quieres que te sepalten.

WALLENSTEIN.—Es que tu mente se ocupa en estas cosas.

LA CONDESA.—¿Cómo! ¿No crees que es profética la voz de los sueños?

WALLENSTEIN.—Algunos sí... ¡No hay la menor duda! Sin embargo, yo sólo me atrevería á llamar proféticos los que anuncian sucesos inevitables. Como el sol se dibuja en un círculo de vapores, antes de salir, así preceden las apariciones á los hechos importantes, y el día de hoy parece transformarse en el de mañana. Lo que se cuenta de la muerte de Enrique IV me ha hecho reflexionar repetidas veces. Mucho antes que el asesino Ravallac se armase con el puñal, lo sintió el Rey en su pecho. Ya no hubo paz para él; y ese temor lo lanzó del Louvre y lo persiguió fuera; la fiesta de la coronación de su esposa antojábasele un fu-

neral, y su oído, presintiendo lo porvenir, escuchaba ya los pasos de quien lo buscaba por las calles de París.

LA CONDESA.—¿Y nada te dice esa voz profética interior?

WALLENSTEIN.—¡Nada! Tranquilízate por completo.

LA CONDESA. (Absorbida en sombrías cavilaciones.)—Y otra vez, corriendo yo detrás de tí, te perdías en una larga galería, por salas inmensas, y no terminaba nunca nuestra carrera... Las puertas sonaban y crujían... yo te perseguía sin aliento, y no lograba alcanzarte... sentí de repente que me detenía una mano helada, y era la tuya, y me besaste, y nos envolvió una roja bóveda...

WALLENSTEIN.—Esos son los tapices rojos de mi aposento.

LA CONDESA. (Mirándolo atentamente.)—Si hemos de llegar á ese extremo... si yo á tí, que te veo ahora lleno de vida... (Se arroja horando en sus brazos.)

WALLENSTEIN.—La proscripción del Emperador te angustia. Las letras no hieren; no habrá manos que la cumplan.

LA CONDESA.—Pero si llega á haberlas, mi resolución está tomada... conmigo llevo el consuelo. (Vase.)

#### ESCENA IV.

WALLENSTEIN, GORDON.—Después EL AYUDA DE CÁMARA.

WALLENSTEIN.—¿Está tranquila la ciudad?

GORDON.—La ciudad está tranquila.

WALLENSTEIN.—Ruido de música llega hasta aquí, y el castillo está iluminado. ¿Quiénes son los que se divierten?

GORDON.—Dan un banquete en el castillo al Conde Terzky y al Feld-mariscal.

WALLENSTEIN. (Aparte.) —En celebridad de la victoria...

Esta gente no tiene otro medio de regocijarse que comiendo. (Llama y se presenta un ayuda de cámara.) Desnúdame, quiero acostarme. (Coge las llaves.) Así nos guardamos de todos nuestros enemigos, y nos encerramos con amigos seguros, porque, ó me engaño por completo, ó un rostro como este (Mirando á Gordon.) no es la máscara de un hipócrita. (El ayuda de cámara le quita el manto, el alzacuello y el toisón.) ¡Cuidado! ¿Qué se ha caído?

EL AYUDA DE CÁMARA.—La cadena de oro se ha roto.

WALLENSTEIN.—Mucho, á la verdad, ha durado. Toma. (Examinando la cadena.) He aquí el primer don del Emperador. Él mismo me la puso cuando era archiduque en la guerra del Friul, y la he llevado por costumbre hasta hoy... por superstición, si os agrada. Había de ser un talismán para mí tan largo tiempo como pendiera de mi cuello, fiado en su virtud, y continuar durante toda mi vida la dicha fugitiva, cuyo primer favor era... Pero ahora... ¡sea pues! Una nueva fortuna ha de comenzar desde este momento, porque el poder del encanto se ha desvanecido. (El ayuda de cámara se aleja con las prendas del vestido; Wallenstein se levanta, anda por la sala, y al fin se detiene pensativo delante de Gordon.) ¡Con qué fidelidad se me representa ahora lo pasado! Viendo estoy ahora la corte de Burgau, en donde fuimos ambos pajes. Disputábamos con frecuencia, y tú, siempre sensato, acostumbrabas predicarme y regañarme por mi ambición inmoderada, soñando con grandezas, por mi fe en sueños atrevidos, y me alababas la reposada medianía... Pues bien; tu prudencia te ha servido mal; hizo de un hombre oscuro desde un principio, y si no hubieras sufrido el influjo de mi poderosa estrella, te extinguieras en el último rincón del mundo.

GORDON.—El mísero pescador, Príncipe mío, sujeta su barquilla sin trabajo en seguro puerto, y ve naufragar en la tempestad el bajel ostentoso.

WALLENSTEIN.—Tú, anciano, ¿yaces en tranquila rada? Yo no. Un poder irresistible me arrastra todavía impetuosamente por el oleaje de la vida; la esperanza es todavía mi deidad favorita; mi alma es joven aún, y cuando me comparo contigo, sí, puedo afirmar con vanagloria que los años rápidos han pasado por mi cabeza sin blanquearla. (Recorre el aposento á grandes pasos, y se detiene en el extremo opuesto, frente á Gordon.) ¿Quién llama falsa á la fortuna? Constante ha sido conmigo; me ensalzó con amor sobre el vulgo de los hombres, sosteniéndome por los peñaños de la vida con sus ligeros y robustos brazos de Dios. Nada vulgar hay en mi destino, ni en las líneas de mi mano. ¿Quién osaría explicar mi existencia, aplicándole las reglas humanas ordinarias? Ahora, en verdad, parece que he caído en el abismo; pero pronto me elevaré, y seguiré raudo mi alto vuelo en alas de la ascendente marea...

GORDON.—Y sin embargo, yo recuerdo el antiguo adagio, que hasta el fin nadie es dichoso... Yo no concebiría esperanzas risueñas, después de una fortuna duradera, porque la esperanza es el consuelo del desdichado. El venturoso ha de vivir lleno de temor, porque la balanza de la suerte oscila sin descanso.

WALLENSTEIN. (Sonriendo.)—Páreceme oír hablar ahora al Gordon de otro tiempo... Bien sé cuán mudables son las cosas humanas, y que el espíritu del mal cobra siempre su tributo. Sabíanlo los antiguos pueblos paganos, cuando voluntariamente se infligían un tormento para aplacar á las Decidades malévolas, y sacrificaban á Tifon víctimas humanas. (Después de una pausa, con tristeza, y en voz más baja.) Yo también le he sacrificado... He perdido mi amigo predilecto, y lo he perdido por mi culpa. Ningún favor, pues, de la fortuna podrá alegrarme tanto, cuanto me ha afligido esta desgracia... La envidia de la suerte se ha aplacado,

ha tomado una vida por otra, y el rayo, que debió sacrificarme con dolor, torció su rumbo, y cayó en esa cabeza tan pura y tan amada.

## ESCENA V.

Los mismos y SENI.

WALLENSTEIN.—¿No es este que viene Seni? ¡Y qué fuera de sí! ¿Qué motivo te trae tan tarde aquí, Bautista?

SENI.—Mi miedo por tí, señor.

WALLENSTEIN.—Dime, ¿qué ocurre?

SENI.—¡Huye, señor, antes que rompa el día! No te fíes de los suecos.

WALLENSTEIN.—¿Por qué?

SENI. (Con más viva inquietud.)—¡No te fíes de esos suecos!

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué hay?

SENI.—¡No esperes la llegada de esos suecos! Amenázate una desdicha que te han de causar falsos amigos; anuncianla señales pavorosas; y la red que ha de perderte, casi, casi te envuelve.

WALLENSTEIN.—¡Tú sueñas, Bautista! El miedo te enloquece.

SENI.—¡Oh! No creas que me engañe sólo el miedo. Ven, léelo tú mismo en los planetas. Te amenaza una desdicha de falsos amigos.

WALLENSTEIN.—Todas mis desventuras provienen de amigos traidores. La profecía ha debido hacerse antes, y las estrellas me son inútiles ahora.

SENI.—¡Oh, ven tú mismo, y miralo! Da fe á lo que te dirán tus ojos. En la región de tu vida se ostenta signo fu-